

COVADONGA

A los tres años del reinado de Vitiza, que al principio había sido muy bueno, comenzó a obrar mal y desterró de Toledo al infante Pelayo, que era hijo del duque de Cantabria, Favila, a quien Vitiza aborrecía lo mismo que a su padre, que había matado de un bastonazo. Otros dicen que le quiso sacar los ojos y que por eso don Pelayo, que era de su guardia, huyó y fue a refugiarse en Cantabria. Cuando supo don Pelayo que don Rodrigo había sido vencido y que los moros tenían ocupado lo más de España, cogió a una hermana que tenía y se fue a Asturias con la esperanza de organizar entre las asperezas de aquellos montes un centro de resistencia al que se pudieran acoger los cristianos que aún combatían en Asturias, Vizcaya, Álava y Guipúzcoa y a lo largo de los Pirineos.

Por aquellos días había en Gijón un gobernador puesto por los moros, llamado Munusa, que, aunque cristiano, había hecho alianza con los musulmanes y estaba al servicio de ellos. Este Munusa se enamoró de la hermana de don Pelayo, que era muy hermosa, y fingiéndole amistad al infante, simuló que tenía que enviar un mensaje a Tariq, que estaba en Córdoba, hecha por los moros capital del reino, y le pidió que lo llevara. Mientras tanto Munusa se puso de acuerdo, por medio de un siervo, con la hermana de don Pelayo y se casó con ella. Al volver don Pelayo de Córdoba y ver lo sucedido, se disgustó mucho, y como era muy valiente y buen cristiano no quiso pasar por aquel casamiento tan poco honroso. Cogiendo a su hermana como si no le importase nada lo sucedido, se fue a las montañas lleno de furor y pensando cómo podría librar a los cristianos de tales afrentas. Munusa sintió mucho verse privado de tan hermosa mujer y, queriendo vengarse, mandó decir a Tariq que don Pelayo se había sublevado. Tariq se enojó mucho cuando lo supo y mandó desde Córdoba cien caballeros para que cogieran a don Pelayo y se lo llevaran encadenado. Los moros, al llegar a Asturias, quisieron apoderarse de él por sorpresa, pero un amigo le avisó y le dijo que, pues no tenía gentes ni armas para resistir, huyera con tiempo. Don Pelayo estaba entonces en una aldea llamada Breta. Montando a caballo pasó a nado el Piona y se ocultó en un bosque. Los moros que le perseguían, al llegar al río y verlo tan crecido, no se atrevieron a cruzarlo.

Después de esto se vino don Pelayo al valle de Cangas, donde encontró a muchos cristianos que, con miedo de los moros, iban a sometérselos. Don Pelayo infundió a estos cristianos nuevos bríos y, haciéndoles concebir esperanzas en la ayuda de Dios, les dijo:

—Amigos: aunque Dios nos castigue por nuestros pecados, no querrá olvidarnos para siempre ni dejará de compadecerse un día de nosotros.

Aquellas gentes vieron cuánta razón tenía don Pelayo y cuan santas eran sus palabras y, perdiendo el miedo, se unieron a él y se fueron todos al monte Auseva. Entonces don Pelayo mandó emisarios por toda Asturias incitando a los cristianos a despertar de su profundo sueño y a salir de la modorra en que habían caído. De todos los rincones de Asturias venían gentes a él, como si don Pelayo hubiera sido un enviado de Dios ¹

Después que todos los que combatían por las montañas estuvieron juntos, alzaron por rey a don Pelayo, quien comenzó a hacer mucho daño a los moros, yendo rápidamente de una parte a otra y alterando la paz y el sosiego en que vivían. Mucho esforzaba a todos los suyos, como buen caudillo. Los caballeros que Tariq había mandado para que le cogieran, cuando vieron esto, se volvieron a Córdoba y se lo contaron. Tariq, al saberlo, se puso furioso y envió contra él con mucha gente a un príncipe moro, compañero suyo, llamado Alqama, y a don Opas, hijo de Vitiza, que fue arzobispo de Sevilla. Le mandó Tariq con Alqama para convencer a Don Pelayo de que cesara en su resistencia, pues esperaba que por ser arzobispo y primado le creerían los cristianos y que quizás pudiera atraerlos y hacer que todos se hicieran moros y se sometieran. Dijo también Tariq a Alqama que si don Pelayo no quisiese hacer lo que el arzobispo le aconsejaría le combatiera con todas sus fuerzas, le cogiera y le llevara a Córdoba encadenado.

Cuando supo don Pelayo que un ejército tan poderoso venía contra él, se metió en una cueva que estaba en lo alto del monte donde nace el Auseva, cuyo nombre ha tomado el monte. Esta cueva está abierta en la roca viva y es de muy difícil acceso, por lo que no puede ser atacada con ninguna máquina de guerra; es lugar tan seguro como si Dios la hubiera hecho para refugio de don Pelayo, pero es muy pequeña y apenas caben en ella mil hombres. Don Pelayo eligió de sus

gentes los mil que le parecieron ser los más fuertes y valerosos y los metió en la cueva consigo; a los demás los encomendó a Dios, mandándoles que se ocultaran por aquellos montes y que confiaran en su bondad. También don Pelayo y los que se quedaron con él no cesaban de pedir a Dios que les ayudara. Al llegar a Asturias Alqama y el arzobispo con sus peones, arqueros y honderos hicieron muchísimo daño por donde pasaron; por fin llegaron a la cueva en que estaban don Pelayo y los suyos, pusieron sus tiendas y la rodearon.

Un día se acercó a la cueva el arzobispo, montado en un mulo, y comenzó a decir a don Pelayo palabras blandas, pero engañosas, como si le doliera mucho la estrechez en que estaban los cristianos. Pensando engañarle, como había hecho con otros, le dijo así:

— ¡Ay, Pelayo! Bien sabes tú cuán grande fue el poder que en España tuvieron los godos, pues aunque lucharon con los romanos y con los bárbaros siempre vencieron; pero ahora, por voluntad de Dios, han sido vencidos y todo su poder ha sido aniquilado. Pues tú, ahora, Pelayo, ¿para qué combates? ¿Por qué te has metido en esa cueva con tan poca gente? Si el rey don Rodrigo con todo su ejército no pudo resistir a los árabes, ¿piensas tú hacerlo con tan escasas fuerzas en esa cueva? Acuérdate cómo nunca faltó en el reino de los godos mucho poder, mucha prudencia para el gobierno y mucho valor y cómo todo ello se ha terminado y convertido en polvo. Pues atiende a conservar tu vida y tus bienes y los de la gente que contigo están y no te empeñes en morir tú y en que mueran todos. Entrégate a Tariq, magnífico príncipe que jamás ha sido vencido, y seréis todos muy considerados y viviréis respetados y ricos lo que os quede de vida.

Respondió don Pelayo:

—Veo que, aunque eres arzobispo, no sabes que Dios castiga los pecados de los cristianos, pero que por eso no los desampara ni se olvida de ellos. Tú y tus hermanos despertasteis la cólera del Señor con el pacto que hicisteis con el conde don Julián, siervo de Satanás, y por ello Él ha permitido que la gente de los godos y hasta su misma Iglesia sea destruida. Ahora llora la Iglesia por sus hijos muertos y no podrá consolarse hasta que Él no se apiade de nosotros. Aunque nuestro quebranto dure aún algún tiempo, no querrá Dios que dure siempre y que los cristianos no se levanten. Yo confío en la misericordia de Jesucristo; por eso no temo al gran ejército que traes contigo, pues los cristianos tenemos por abogado ante Dios Padre a Cristo, en el que creemos y confiamos y en el que ponemos nuestra esperanza; también contamos con su Madre, la gloriosísima Virgen María, por cuyos ruegos nos libraremos de los musulmanes. Con ayuda de Ella, que es verdadera madre de misericordia, creo que estos pocos que aquí estamos acabaremos por reconquistar el reino de los godos, del mismo modo que de pocos granos salen muchas mieses.

Después que el rey don Pelayo hubo dicho esto se metió en la cueva con los suyos, que estaban muy asustados de tamaño ejército. Todos pidieron fervorosamente a la Virgen María que los ayudase y que se apiadara de los cristianos.

Cuando vio don Opas que no adelantaba nada con sus prédicas, porque don Pelayo confiaba en Dios, se volvió a los moros y les dijo:

—Este hombre está decidido a luchar hasta el fin. No tenéis más remedio que atacarle. Id hasta la cueva y combatidle, pues solo por la fuerza se rendirá.

Alqama mandó entonces a los honderos, a los ballesteros y a los peones que atacaran la cueva. Ellos comenzaron a lanzar piedras, dardos y flechas, pero Dios, mostrándose misericordioso con los cristianos que en Él confiaban, hizo que las piedras y los dardos y flechas que lanzaban los moros se volvieran contra ellos y los mataran. A causa de este tan nuevo milagro murieron allí más de veinte mil moros. Los demás huyeron espantados. El rey don Pelayo, cuando vio esto, alabó mucho la bondad de Dios; cobrando luego con ayuda de Él nuevas fuerzas, salió con su gente de la cueva y atacó y mató a Alqama y a muchos moros.

Los moros que escaparon subieron hasta lo alto del monte Auseva. Entonces salieron de sus escondrijos aquellos cristianos que don Pelayo había dejado fuera de la cueva y mataron a muchos. El resto se vino huyendo al valle de Liébana, orillas del Deva, y, yendo a lo más alto para escapar por un monte, el monte cayó con ellos al fondo del río. Todos ellos murieron ahogados o aplastados por aquellas rocas. Este otro milagro hizo el Señor para librar a los cristianos de España del duro yugo de los musulmanes, como cuando ahogó a Faraón, rey de Egipto, y a todos los suyos, en el Mar Rojo para sacar del cautiverio a los israelitas. Dicen que cuando el Deva crece

mucho en la época de las lluvias y sale de madre aparecen aún hoy restos de los huesos y de las armas de los sarracenos.

¹ 1 Según Sánchez Albornoz, la rebelión de don Pelayo, que no llegó a titularse rey, comenzó en el año 718. En la primavera del 722 obtendría su victoria contra los moros.

Leyendas épicas españolas, ed.de Rosa Castillo, Madrid, Castalia, colección Odres nuevos, 1976.